

taller de imágenes

MARÍA TERESA GRAÍÑO*

Hace varios años se me pidió que realizara unos talleres de cuerpo en una universidad capitalina. Se buscaba que futuros maestros de diversas áreas, especialmente arte y educación física, tuvieran una formación más integral y se consideraba que trabajar las posibilidades creativas y expresivas del cuerpo sería una herramienta enriquecedora en su futuro desempeño profesional.

*

Sin embargo, estos talleres de expresión corporal terminaban siendo un ejercicio de movimientos varios, muchas veces hermosos y artísticos, que los estudiantes realizaban divertidos y con gusto pero que, desde mi percepción, no aportaban demasiado a esa llamada formación integral. Eran parte de esa “colcha de retazos” de los diferentes conocimientos que el programa ofrecía y que quedaban en la superficie, muchas veces a modo de recetario para recordar.

Mi concepción de proceso de formación y crecimiento tenía que ver más con la posibilidad de transformación y desarrollo interior del estudiante. Transformación y desarrollo que le permitieran a este último situarse no sólo como pedagogo, sino como sujeto interesado en todos aquellos hechos situados y pertenecientes al mundo y a la cultura. No me interesaba un maestro portador de propuestas generalizadas que no tuvieran en cuenta las peculiaridades de cada grupo humano con el que tuviera que interactuar, sino un sujeto flexible, abierto a relacionarse con otros desde el respeto a la diferencia. Un maestro consciente de su función de mediador, capaz de ubicar las dificultades y de utilizar todos los recursos que la cultura le ofrece.

Tuve entonces la suerte de conocer a otras personas que, aunque se movían en áreas distintas, tenían la misma preocupación. Y aún más grande fue la suerte cuando se nos dio la posibilidad de pensar este tema conjuntamente. Pensar en grupo siempre es más enriquecedor que hacerlo individualmente.

Todos teníamos temas de interés distintos: la educación, los jóvenes, la violencia, la infancia, y otros. Pero una pregunta nos reunía: ¿cómo abordar e intervenir los diversos grupos humanos que nos interesaban, interrelacionándolos de manera tal, que fuera posible lograr esas transformaciones interiores en los sujetos, necesarias para que realmente se produjera un nuevo acercamiento a los hechos, un acercamiento más posibilitador de alternativas?

Algo teníamos claro: las conferencias, las charlas, los discursos y todo aquello que se diera al nivel de información y enseñanza eran recibidos con interés e incluso entendidos y aceptados, pero con demasiada frecuencia no producían ningún otro efecto. Los modelos de relación individuales y colectivos se mantenían intactos.

Una maestra de preescolar decía que muchas habían sido las charlas y conferencias que psicólogos les habían dado sobre la sexualidad infantil. A ella todo lo que le decían le parecía claro, comprensible, e incluso estaba de acuerdo con los planteamientos de dichos psicólogos en cuanto al hecho de que era normal que los niños se sintieran curiosos por la diferencia de sexos y que intentaran tocar y mirar a las niñas. Lo malo era que aun estando de acuerdo con todos los discursos, cuando veía a un niño tocándose o acercándose demasiado a una niña, entraba en pánico y no podía encontrar una alternativa de manejo de la situación menos represiva que el castigo. Y esto lo hacía a sabiendas de que la peor solución era el castigo.

¿Cuál era ese dique invisible que no permitía ni al individuo ni a los grupos buscar nuevas formas de pensarse y de relacionarse?

¿Qué es aquello que muchas veces en contra de nuestra voluntad nos mantiene tan inmóviles?

Todos los días nos confrontamos con prácticas disociadas de la teoría. Hablamos de los derechos de los niños y las niñas y luego, incluso sin darnos cuenta, los atropellamos.

Tenemos hacia afuera un discurso sobre la tolerancia y el respeto y luego, en la intimidad, imponemos sin escuchar.

Estamos seguros de nuestra madurez pero, situados frente a una figura de autoridad, podemos reaccionar como el más asustado de los niños.

¿Cuántas mujeres, finalizada una dura jornada de trabajo fuera de su casa, se sienten tranquilas y con el derecho de llegar al hogar y no correr a ocuparse de la ropa, la comida, los

niños? Como si tuvieran que llegar a sus casas a pagar la culpa de trabajar como los hombres y no poder ocupar su “verdadero lugar”, es decir el hogar.

Incluso aquellas que comparten las labores con sus compañeros ¿no sienten acaso que son “ayudadas” en sus “obligaciones”? Y, sin embargo, muchas de estas mujeres hablan de igualdad.

¿Cómo se siente un hombre que ha perdido su trabajo y se ve en la obligación de ocuparse de las labores caseras, mientras su mujer trabaja fuera de casa? ¿Acaso ese mismo hombre no decía hace poco que el trabajo del hogar era tan importante y valioso como cualquier otro?

Todos estamos permanentemente atrapados entre estas dos fuerzas: una lógica, conocida, manejable, perteneciente a un conocimiento teórico y conceptual. Otra arrasadora, desconocida, resultado de nuestras huellas culturales, de nuestra historia singular de vida, huellas que van más allá de nuestro pensamiento racional, producto de nuestras vivencias y emociones, explicaciones pertenecientes al mundo del sentido común.

Esta segunda fuerza se manifiesta en actitudes, posicionamientos, opiniones que percibimos como verdades indiscutibles. No sólo no las ponemos en discusión, sino que incluso, en algunas ocasiones, ni siquiera somos conscientes de ellas.

Estas huellas se construyen en nuestro paso por una familia, una escuela, el barrio. Pertenecen al código de una cultura específica, código en el que nos inscribimos al nacer y que aprendemos para no quedar por fuera de la sociedad. Son las marcas que nos deja nuestro y singular proceso de socialización.

Veamos esto más detenidamente

Al nacer llegamos a una familia que hace parte de una cultura en un momento específico de la historia. Dicha cultura posee un código particular, es decir, un sistema de símbolos a través de los cuales nos relacionamos. Conocer, interiorizar y compartir esos símbolos es lo que nos permite hacer parte y

estar inscritos en ella. Esto comprende desde el aprendizaje de la lengua materna hasta las formas más simples de convivencia. Es por eso que cuando debemos vivir en otras regiones u otros países, nos sentimos al principio como fuera de lugar. Sólo empezamos a vivir el nuevo ambiente con mayor fluidez y sentido de pertenencia cuando ya sus códigos no nos son desconocidos y hemos empezado a relacionarnos desde ellos. Inicialmente la familia, seguida luego de todos los diversos ambientes en los cuales ese bebé, niño, joven se moverá en su proceso formativo, se ocuparán de educarlo. Educar en el código es entonces transmitir e imprimir, a manera de tatuaje, las reglas necesarias para hacer parte del juego de una determinada cultura. Esta educación implica unas fuerzas que se imprimen sobre el sujeto y lo cruzan, y ante las cuales él responde oponiendo igualmente su propia fuerza, es decir, su manera particular de negociar, tramitar y articularse a dichas reglas. Su mayor o menor aceptación del tatuaje hará que se construya como sujeto con una determinada y única singularidad, entendiendo esta última como aquella diferencia irrepetible de cada sujeto. Los padres hablan con frecuencia de esta singularidad, aun sin saber que lo están haciendo, cuando no entienden por qué dos hijos educados de la misma forma y con los mismos valores, pueden ser tan distintos.

Este encuentro de fuerzas, este recorrido negociado entre la cultura y el sujeto es lo que llamamos proceso de socialización. Es pues la forma en que un cuerpo se va marcando al inscribirse en el lenguaje, es decir, en una cultura específica y en un momento dado de la historia.

Cada cultura tiene sus códigos propios y desde ellos explica de maneras distintas los diferentes hechos del mundo. Para verlo no debemos pensar en otros países. En Colombia existen unos códigos generales pero cada región, cada pueblo, cada familia, cada individuo construye, utilizando lo general y lo particular de su historia, su único tejido simbólico para interpretar su vida y sus relaciones.

Si tomamos un paisa, un costeño y un bogotano seguramente encontraremos diferencias grandes en su forma de relacionarse y de ver ciertas cosas. Y muy seguramente, cada uno pensará que son los otros los equivocados.

Estos códigos que determinan nuestra singular explicación de los hechos del mundo y nuestra postura personal frente a ellos, escapan sin embargo a nuestra conciencia tanto individual como de grupo. Por tanto, si no logramos tomar distancia de ellos tendemos a repetir esquemas de relación que mantienen un orden establecido con el que muchas veces ni siquiera estamos de acuerdo.

Estas explicaciones pertenecientes al sentido común se configuran bajo la forma de representaciones bastante rígidas a través de las cuales vemos a los demás y a nosotros mismos, y las llamamos imágenes o esquemas imaginarios. Construidas e interiorizadas desde lo más vivencial, no las incluimos conscientemente en nuestros análisis conceptuales de la vida y la sociedad, como tampoco en las propuestas de cambio. Sin embargo, se encuentran presentes en cada una de nuestras actuaciones interfiriendo y muchas veces dificultando nuestras metas e ideales.

Esto que llamamos imágenes es descrito por el psicoanálisis como esquemas imaginarios adquiridos, clichés estáticos a través de los cuales el sujeto ve a los demás o se ve a sí mismo, elaborados a partir de las primeras relaciones reales o fantasmales con el entorno.

Estas imágenes, interiorizadas desde nuestro nacimiento sin ninguna toma de distancia, son generalizaciones del sentido común y las vivimos y presentamos como un saber terminado e incuestionable, portador de una verdad. No es un saber consciente, analizado y escogido. Es un saber epidérmico, pegado a nuestra piel, que no cuestionamos mientras no nos genere conflictos o para que no nos genere conflictos. Son verdades cómodas que permiten que todo se mantenga en su lugar. Las defendemos con la pasión de la subjetividad, con el pánico que produce mover el

piso seguro sobre el que hemos crecido y construido nuestras “realidades”. Desde esta rigidez, se convierten en obstáculos epistemológicos para la búsqueda de salidas y soluciones distintas a las ya existentes.

Sea en una situación macrosocial, o, en el pequeño ámbito de la familia, cualquier necesidad de cambio se enfrenta inevitablemente al escollo de los imaginarios colectivos o individuales, según el caso, que cual fieles y leales servidores defienden incansables la tradición y el orden.

Como sujetos del lenguaje, pertenecientes a una determinada cultura e inmersos, por tanto, en un mundo simbólico, estamos cruzados por estos imaginarios y sería imposible pretender que no existieran. Pero para todos aquellos que en diversos espacios nos enfrentamos y somos sensibles a situaciones de inmovilidad y sufrimiento, donde son urgentes transformaciones que permitan el avance a nuevas formas de relación más acordes con las realidades del momento, el reconocimiento de estas imágenes es imprescindible. La posibilidad entonces de intervenir en la construcción de nuevos conceptos y nuevas formas de relación pasa por el ejercicio de aprender a tomar distancia de las propias reacciones para lograr reconocerlas y conocerlas. Esto a través de una mirada crítica, analítica y permanente de nosotros mismos y de una observación de nuestras relaciones con los demás. En otras palabras, nuestra posibilidad de cuestionar y de ser creativos está sujeta a nuestra capacidad de búsqueda, descubrimiento y cuestionamiento de nuestras propias imágenes o esquemas imaginarios.

Si tomamos el ejemplo citado anteriormente de la mujer que trabaja fuera de su casa, podremos ubicar algunos imaginarios de nuestra cultura. Como primera medida, aquél de la mujer como responsable principal de los trabajos hogareños tipo limpieza, cocina, niños. Ésa es su obligación. No importa que trabaje todo el día fuera de su casa y que los hombres de su hogar pasen más tiempo en él. Si tiene que salir a las seis de la mañana, se levantará a las cuatro o antes para, al menos, dejar la

comida de la noche lista o la ropa lavada. Ella, o una de sus hijas, así sea pequeña. Si tiene la suerte de vivir con hombres colaboradores recibirá ese apoyo, pero muy probablemente será en calidad de “ayuda”. Y si su compañero es muy colaborador, es probable que ella desde su imagen de mujer se sienta incómoda y hasta culpable por estar tan “ayudada”. Así pues, con frecuencia encontramos cambios en la forma, en lo visible, pero mientras esos sentimientos respecto a quién es responsable del trabajo del hogar se mantengan tanto en hombres como en mujeres, el imaginario seguirá intacto.

Por otro lado, es frecuente también, y más en estas épocas de dificultades laborales, que el hombre de la casa esté desempleado y deba ocuparse mayormente de las labores hogareñas. Su imaginario de hombre que trae el pan y el dinero a la casa se verá afectado, sintiéndose desvalorizado e inútil. Tendrá, seguramente, dificultades para dar a su trabajo de “ama de casa” el mismo valor que a su trabajo en el exterior. Notemos de paso cómo el lenguaje es representante directo de dichas imágenes. Si dijéramos “amo de casa”, el significado de la expresión tendría más una connotación de poder que de ocupaciones hogareñas.

Si un joven dice a sus amigos que los verá más tarde pues debe planchar la ropa de su familia, existen grandes probabilidades de que se convierta en la burla de sus amigos.

Nos relacionamos con los médicos y los profesores desde imaginarios de total sabiduría. Creemos que ellos sabrán darnos respuesta a todas nuestras dudas. Y ellos también, desde ese mismo imaginario tramposo, se relacionan con nosotros. Quizás por eso un profesor se inquieta tanto si desconoce la respuesta a una pregunta planteada en clase o se molesta con un estudiante demasiado preguntón que pueda poner en evidencia alguno de sus desconocimientos. Sin embargo, un profesor no puede saberlo todo y, ¿por qué habría de sentirse mal invitando a su estudiante a investigar conjuntamente? ¿No abriría, tal vez, la posibilidad de una mejor comunicación entre ambos?

De esta manera y con estos ejemplos podemos ver como todos, consciente o inconscientemente, colaboramos en la perpetuación de nuestros imaginarios culturales.

A partir de estas preguntas y reflexiones nació la propuesta del Taller de imágenes. Este se interesa en reconocer estas imágenes con el fin de tomar distancia de ellas, constituir las en objeto de reflexión y, de esta manera, movilizar la búsqueda de nuevos sentidos y estructuras.

Para lograr esa toma de distancia de las imágenes y esa búsqueda nueva de sentidos, el taller se ofrece como un espacio en el cual, a través de la palabra, se reconocen las imágenes y se las somete a un proceso de deconstrucción, es decir, a un cuestionamiento. Deconstruir un imaginario es darnos la posibilidad de tomar distancia de él y constituirlo en objeto de reflexión. Esto nos permite reconocer sus contradicciones y sus límites explicativos, lo que a su vez nos abre el camino para mirarlo desde otra óptica quitándole su condición de verdad absoluta para abrir así nuevas posibilidades de lectura de los hechos, las situaciones, las reacciones y los conflictos que allí se presenten. Esta llamada deconstrucción es aquello que nos permite acceder a un primer nivel de reflexión, a esa toma de distancia que posibilitará en un segundo nivel, y gracias a la función mediadora del animador, una reconstrucción nueva de las imágenes. Al hacer conciencia de la existencia de éstas y al pensarlas desde una mirada crítica, nos abrimos la posibilidad de abordarlas de una manera activa y transformadora.

El solo ejercicio de retomar las propias vivencias y reflexiones y confrontarse a la experiencia y opinión de otros, nos enseña a situarnos en un lugar de escucha y tolerancia que ya de por sí posibilita cambios significativos en relaciones tan ciegas y sordas como las que generalmente unen, o mejor, desunen a los seres humanos.

Así, el taller se organiza alrededor de un grupo de personas unidas por un tema, inquietud o situación común, un animador

del taller y la palabra de todos. No existe ningún tipo de restricción ni de condición previa para reunirse: sólo el deseo de hacerlo. Con estas personas se establece un lugar y hora de reunión.

En el primer encuentro el animador le explicará al grupo la meta del taller, esto es, una reflexión alrededor del tema o los temas que les inquieten o interesen, y una búsqueda conjunta de soluciones. Es importante que desde el primer momento las personas sepan que su participación es activa, que el animador no es un portador de saberes y soluciones y que la propuesta es un reflexión de grupo. Conjuntamente se decidirá, según las posibilidades, el intervalo de tiempo entre cada encuentro y la duración de cada taller.

El animador interviene inicialmente facilitando la libre expresión de los participantes. A través de narraciones, recuerdos, opiniones de unos y de otros irán surgiendo todo tipo de imágenes, a veces individuales, a veces colectivas.

El estímulo que cada animador utilice para iniciar y mantener la charla es personal y responde solamente a aquello con lo que el animador se sienta más cómodo en función de su propia personalidad y de las características y necesidades del grupo. Todo sirve: un tema propuesto por el grupo, un cuento, un hecho presente, un recuerdo, una fotografía. El animador utilizará el estímulo que más propicie la conversación que desea generar. Necesitamos que la palabra surja y recorra el espacio del taller.

¿Por qué la palabra? Fuimos arrojados a un mundo nombrado. Las palabras ocupan todos los espacios. Fuera y dentro de nosotros somos lenguaje. Abordamos e interiorizamos el mundo de las experiencias gracias a que éste está determinado lingüísticamente, es decir, simbólicamente. Con las palabras creamos, transformamos o destruimos realidades.

Cuando entendemos un lenguaje, entendemos el código de una cultura y ese código responde a una forma particular de leer e interpretar los hechos del mundo. Al hablar no sólo estamos

comunicando sonidos y formas gramaticales. Nuestro sistema de creencias, las representaciones mentales o imágenes construidas a lo largo de nuestro proceso de vida surgen nombradas en el lenguaje.

Por eso, cuando en el taller nos tomamos el tiempo de ubicar, cuestionar y reflexionar sobre las imágenes que aparecen a través de nuestras palabras, lo que al mismo tiempo estamos replanteando es una forma singular de ver la vida y de abordar los conflictos que en ella se presentan. Pero, asimismo, gracias a la posibilidad de intercambiar diferentes visiones y criterios, los límites explicativos de cada participante se amplían, logrando una mirada más relativa e histórica de los hechos.

Una vez iniciada la charla, el animador irá ubicando las imágenes significativas que vayan apareciendo en la discusión, retomándolas y devolviéndolas al grupo, cuestionando su carácter de verdad absoluta.

Supongamos que en una determinada localidad los maestros de una escuela deciden reunirse alrededor del espacio del Taller pues con frecuencia se encuentran frente a situaciones que se les escapan de las manos y las soluciones tradicionales no están dando una salida adecuada a los conflictos.

Sin duda en el primer encuentro saldrán múltiples dificultades que serán planteadas con el deseo de recibir de parte del animador una respuesta y solución rápida y concreta.

Aunque el animador haya explicado cinco minutos antes que el taller funciona con una dinámica de búsqueda conjunta y esto haya sido escuchado y aceptado por el grupo, lo más probable es que en ese primer momento aparezca vencedor el imaginario grupal de que el animador es quien conoce las soluciones. Éste, tratará de llevar las diferentes dificultades planteadas al plano de la narración para no dejar las inquietudes en términos de listas de temas a evacuar como si fuera una reunión empresarial.

Tomemos un ejemplo. Una maestra plantea que en su aula la indisciplina le está ganando la batalla y que ya no sabe cómo

controlar la situación. Tres muchachos de su grupo han tomado el liderazgo y llevan al resto a un permanente desorden que impide que se realicen las actividades que ella propone. Esto se repite día tras día. Lo ha intentado todo sin resultado. Llega a su casa agotada sintiendo cada vez con más fuerza que no quiere regresar o que la única solución es expulsar a los causantes de su desgracia.

Planteado el problema, el animador le propondrá a esta maestra que cuente ejemplos más concretos de esta situación. Igualmente invitará al grupo a participar en la charla opinando al respecto y aportando soluciones. Probablemente aparecerán otros ejemplos dados por otros maestros de otras clases. El animador escuchará las anécdotas y las opiniones tomando nota, incluso escrita si así lo desea, de los puntos que le parezcan más pertinentes para discutir. Lo fundamental es descubrir en la escucha aquellos comentarios que representen nudos ciegos y que por tanto no estén permitiendo visualizar alternativas de salida distintas a las ya utilizadas. Generalmente estos nudos ciegos están generados por imágenes que no han podido ser cuestionadas ni movilizadas.

El animador debe moverse con agilidad para que el interés de la conversación no decaiga. En el momento en que reconozca la aparición de una imagen que esté entorpeciendo la reflexión, podrá interrumpir el desarrollo de la charla para cuestionar dicha imagen y desde allí reabrir la discusión.

Dado que son innumerables las imágenes que surgen en la conversación, unas más significativas que otras, el animador no puede interrumpir ante la aparición de todas ellas pues se perdería el hilo conductor del tema que se esté tratando. Deberá entonces estar atento, para rescatar selectivamente aquellas que él perciba necesarias de remover para dar una nueva mirada dinamizadora al problema. Como en un baile seguirá las modalidades de la conversación adaptándose a los movimientos que el grupo vaya realizando sin dejarse enredar en discusiones que

no aporten a la reflexión del tema central y buscando que en todo momento se mantenga un ambiente activo e interesante para todos.

Continuando con nuestro ejemplo, supongamos que varios maestros plantean que el problema es que los jóvenes sólo quieren retar a los adultos y por eso molestan tanto, o que son unos vagos, o que simplemente lo mejor es que a aquellos que no se comporten como “se debe”, hay que echarlos.

Detrás de esas opiniones, nuestros maestros estarían perpetuando imágenes como aquellas de que los jóvenes molestan porque sí, o que educar es homogeneizar y que ante la rebeldía no hay que preguntarse nada, sino simplemente castigar para que las cosas vuelvan a estar en orden; o bien que los maestros siempre son víctimas de sus estudiantes, o quizás que el niño o joven siempre debe adaptarse a un sistema educativo existente por obsoleto que éste sea.

El animador podría cuestionar aquellos comentarios que tuvieran que ver con imágenes relativas a la disciplina, al respeto, al poder del maestro o a la de sumisión del alumno, al castigo, a la manera en que se transmiten los conocimientos, al sistema educativo.

¿Podríamos pensar la indisciplina de un estudiante desde una mirada distinta al simple hecho de querer molestar al profesor? ¿Ese querer molestar no será una demanda y en ese caso de qué? ¿Qué sabemos de ese muchacho? Cuando el niño nos reta con su comportamiento, ¿es a nosotros mismos o a otra figura de autoridad a la cual estamos representando?

¿Existe alguna relación entre la disciplina y el quehacer del maestro en el aula? ¿El desinterés de un alumno tiene que ver con la forma en que se desarrolla la clase? ¿O con la actitud de la maestra hacia él? ¿Qué siente la maestra por ese o esos niños? ¿Le recuerdan a alguien?

Es posible que la maestra descubra que esos niños le recuerdan otras situaciones no resueltas por ella con otras personas.

Quizás un hermano con quien nunca se entendió o un hecho vivido por ella cuando era niña. Sin saberlo, el niño puede estar viendo en su maestra a otros personajes de su vida, pero a la maestra le puede estar sucediendo lo mismo. En este punto cabe anotar que muchas veces, para sensibilizar a la persona es útil pedirle que traiga a la memoria algún recuerdo propio que le permita acercarse a lo que el niño pueda estar sintiendo. Por ejemplo en relación con un castigo recibido en su infancia. Esto posibilitaría, en el caso de nuestra maestra, que logre salirse por un momento de su lugar de profesora y pueda pensar y sentir desde el lugar del niño. Sin embargo, esto no significa en ningún momento que el animador entre a ejercer un papel de terapeuta para solucionar los conflictos de infancia que la maestra pueda arrastrar. Sólo sería un mecanismo de sensibilización para mirar el conflicto desde otra posición.

¿Cómo nos sentíamos cuando de niños recibíamos un castigo? ¿Sentíamos siempre igual o dependía de la manera en que el adulto nos presentaba el error cometido? ¿Existiría otra forma de intervenir distinta al castigo, teniendo en cuenta lo averiguado a través de las anteriores preguntas?

¿Qué entiendo por respeto? ¿Mi noción de respeto está articulada al miedo? Cuando de niño me decían que debía respetar a los adultos ¿qué sentía, miedo o admiración?

¿Alguna vez han tratado de explicarme algo diciéndome que es muy importante y yo no le encuentro la importancia al estar totalmente desligado de mis intereses del momento? Si me lo mostraran de otra manera, más relacionado con mi presente, ¿me sentiría más interesado en ello y por ende lo entendería más fácilmente?

Éstas son una pequeña muestra de las miles de preguntas que podría hacer el animador al grupo del cual hace parte nuestra maestra del ejemplo. Cada una de estas preguntas lanzará la discusión hacia muchas más, e innumerables opiniones, recuerdos y experiencias enriquecerán la discusión y abrirán la posi-

bilidad de estudiar y analizar el problema planteado desde otros ángulos. Esto sin lugar a dudas no sólo ayudará a nuestra maestra sino a todos los participantes que se encuentren en situaciones parecidas.

La posición neutral del animador debe ser clara y evidente para el grupo. Independiente de sus propias posiciones e imágenes es fundamental que siempre mantenga su lugar de escucha y mediador. Ciertamente se sentirá más cercano a unas opiniones que a otras, pero debe tener un cuidado de no dejarse influenciar por sus posiciones, lo que lo llevaría a tomar partido y a olvidar que su función no es otra que la de propiciar, como puente, un encuentro crítico de los individuos con sus imágenes.

Para lograr mantenerse en ese lugar sin caer en la tentación del consejo, la manipulación o la imposición de una idea, es fundamental que el animador tome distancia respecto de sus propias imágenes y sentimientos para no dejarse enredar por ellos. Este ejercicio debe ser continuo ya que el taller es un espacio en el que se movilizan todo tipo de cargas afectivas y el animador, al ser una fuerza que entra a cuestionar, es el centro de ellas. Desde la seducción hasta el ataque será blanco de unos y de otros. Algunas personas intentarán que opine a su favor, otras, por el contrario, lo atacarán. El animador debe tener siempre presente que aunque estas maniobras van dirigidas a él, en realidad lo que allí se mueve son reacciones al lugar de no-respuesta que él ocupa, a todo lo que imaginariamente los participantes depositan y esperan de ese lugar, que es un lugar vacío en el sentido de no dar soluciones hechas y ajenas que cerrarían al grupo la oportunidad de pensar por sí mismo, sino abrir caminos al análisis y a la reflexión. Es un cuestionar desde la neutralidad. Sus intervenciones se ofrecen al grupo para que éste pueda usarlas como un apoyo que le permita hacer un recorrido que va desde la posibilidad de vencer los temores del mirarse, hasta el reconocimiento de nuevas posibilidades de acción en todos los ambientes de la vida. Deben ser, pues, intervenciones que cuestionen en forma amable y respe-

tuosa para que cada participante sienta el deseo y el entusiasmo de participar activamente.

El taller no pretende, como puede suceder con otro tipo de intervenciones, terminar con una conclusión o un saber único y cerrado. Esto sería incluso contrario a la concepción misma de lo que se busca. Su finalidad es –y no sobra insistir en esto una y otra vez–, que las personas se cuestionen sobre verdades rígidas e inamovibles y aprendan a escuchar y a apropiarse de visiones y explicaciones del mundo distintas a las propias. Por tanto, aquello que debe quedar al finalizar cada taller son justamente preguntas, inquietudes, reflexiones que lleven a la posibilidad de prolongar el ejercicio de una escucha más abierta a otros espacios de la vida cotidiana.

Esto no es tarea fácil. En un tiempo limitado se le plantea a un grupo de personas el reto de cuestionar lo que por mucho tiempo han sido sus seguridades. Por esta razón, la actitud cuestionadora pero neutral del animador debe permitir la construcción de un ambiente de respeto y confianza que propicie el proceso de búsqueda, pérdida y encuentro con todo lo que esto conlleva de temores y defensas. Asimismo, el animador debe luchar contra la tentación de caer en el papel del maestro que dirige y enseña, papel que con frecuencia le será exigido directa o indirectamente por el grupo.

Otra manifestación de rebeldía o de temor del grupo puede ser la no participación y, en ese caso, el animador tendrá que vencer sus propios sentimientos de miedo al silencio que lo rodea, sin responder a esa demanda pasiva que lo invita a llenar el espacio con sus propias palabras. En caso de hacerlo, el taller se convertiría en el espacio del discurso y la propuesta perdería todo su sentido. Los mecanismos para romper el silencio son, así como los estímulos, personales. Desde la amable sugerencia de que se encuentren en la próxima ocasión pues quizás hoy no tienen muchos deseos de conversar, hasta una invitación más dirigida de participación, todo es válido. Lo que no se puede perder de

vista es que el espacio del Taller es un espacio de grupo y no de una sola persona. Para que cada participante vaya logrando adentrarse en esta dinámica de pregunta y búsqueda sobre sí mismo, el animador debe dejar libre el espacio. Sólo así podrá mantener su función de puente sólido sobre el cual el grupo, poco a poco, se atreverá a iniciar su propio recorrido de búsqueda.

A medida que el grupo se apropia de la dinámica del Taller y aprende a reconocer una imagen, se va haciendo más activo y asume el papel del animador. También aquí este último estará atento para saber en qué momento debe ir abandonando su papel protagónico para situarse en un lugar más invisible de mediador, en los momentos en que el grupo pierda su capacidad de autorregulación. Puede suceder que el grupo se desvíe de pronto hacia comentarios que no aporten nada al tema central, o bien que se enrede en discusiones de tipo personal o simplemente que se desordene. En estos casos el animador intervendrá para retomar el camino.

Esta modificación del lugar del animador es quizás el ejemplo más valioso y claro del esfuerzo de cambio que éste debe realizar sobre su propio imaginario de guía del Taller.

Por lo general esta función es homologada a la imagen tradicional de maestro como aquel que sabe, dirige, ordena y que, sobre todo, es omnipresente ante un grupo pasivo e ignorante que recibe y aprende. Ser capaz de renunciar a este lugar de poder, permitiendo que el grupo colectiva e individualmente madure y crezca, implica una difícil resignificación de este imaginario tradicional que aporta ganancias de toda índole.

Por tanto, conocedor del lugar de poder que el grupo desde sus imágenes le adjudica, el animador debe tener clara una posición ética que le permita no enamorarse de ese lugar. Si esto sucediera, el Taller dejaría de ser un espacio de reflexión y crecimiento, para transformarse en uno de obediencia y sumisión pasiva o de oposición irreflexiva. Esto supondría que desde el inicio, las imágenes no serían cuestionadas sino perpetuadas. Siempre el princi-

pio ético del animador será aquel de cuidar y respetar la singularidad de cada persona y de fomentar su crecimiento.

El grupo aporta el material y la vitalidad del taller. Gracias a las interrelaciones que allí se construyen, se abre la posibilidad de intercambiar “realidades” distintas, de escuchar y reflexionar sobre alternativas. Inicialmente, el hecho de cuestionar certezas y verdades tan arraigadas se vive como algo peligroso, pero poco a poco las personas van sintiendo el efecto liberador de la flexibilidad del pensamiento. Asimismo, escuchar a otros con preocupaciones similares permite aliviar temores y culpas. Situaciones y vivencias asumidas hasta el momento como callejones sin salida, se transforman siendo posibles de pensar desde nuevas perspectivas.

Todo esto no implica que los conflictos desaparezcan, pero en la medida en que no nos quedemos estáticos, mirándolos desde una misma óptica, sino que podamos observarlos y pensarlos desde diversos ángulos, tendremos más elementos de análisis que nos ayudarán a encontrar salidas nuevas y creativas.

El Taller de imágenes no pretende descifrar nuevas verdades. Invita, por el contrario, a que cada participante esté dispuesto a abandonar sus aparentes seguridades y se abra a la posibilidad del cambio de manera sensible, y a participar en los procesos de orden social. El mayor sueño del taller es que un día deje de existir como tal para convertirse en una actitud de vida permanente entre los hombres, actitud que nos permita ser creadores de nuevas condiciones de articulación entre nosotros, es decir, de nuevas formas de convivencia humanas.